



SOCIOLOGIA

Sección española.

NICODEMO EL HUMANO

Respondió Jesús y le dijo: «De seguro y bien de seguro te digo que el que no naciese otra vez, no puede ver el reino de Dios.»

Y como Nicodemo no pudo nacer otra vez, porque las exigencias de la vida y las armas que sus semejantes empleaban contra él impidieron que regenerara su espíritu y sanara su cuerpo, no alcanzó á ver el reino de Dios.

Tuvo, sí, Nicodemo vivísimos deseos de nacer á la vida del bien, á la vida ideal; pero á estos deseos se opuso la necesidad de vivir la vida de la explotación, la de la muerte de todo sentimiento generoso y elevado á que le obligaba una sociedad que no transigía con los caracteres honrados ni con los espíritus justicieros. Débil para luchar contra sus contemporáneos, sin fuerzas para abrirse paso por entre las malezas sociales, que en forma de ley, de fuerza y preocupación, le obstruían el paso, concretóse á visitar al Maestro cuando no podía ser visto; á acompañarlo hasta la cima del Calvario con miradas compasivas, y á enterrarlo misericordiosamente en un huerto de Getsemaní cuando los soldados romanos no pudiesen denunciar al sepulturero, porque los soldados romanos, cumplida su misión de matar, habían tomado las de Villadiego.

Para acallar las voces de su conciencia, intentó Nicodemo declararse discípulo de Jesús y no tuvo abnegación suficiente; pensó después en propagar la doctrina de Cristo y temió las persecuciones; y si alguna vez pasó por la mente del judío arrancar de manos del pretor al apóstol de la nueva idea, acordóse de su porvenir y del de los suyos. En esta lucha entre su inclinación al bien y el instinto de la vida, casi nada hizo Nicodemo, y no pudo hacer más. Bien demostró lo que le apenaban las penas que pasaba Jesús, cuando, el privilegio por interés y el pueblo por ignorancia, lo acompañaban á la muerte; pero el ambiente social se opuso á que naciese otra vez.

Porque para abrir los ojos del entendimiento á una nueva vida, no basta querer abrirlos; además de la voluntad se necesita otras condiciones. Desconocería el carácter de las multitudes el que les exigiese la fuerza cerebral de una individualidad que hubiese nacido para abrir nuevos horizontes sociales á las humanidades, y Nicodemo, que era una fuerza pasiva, como son todas las fuerzas que constituyen la masa, no reunía condiciones para declararse enemigo del enorme poder que constituyen *los convencionalismos establecidos*.

Un carácter puede, por sus propios méritos, dignificar su *yo* y abandonar esta vida excesivamente miserable por otra digna; pero para que la multitud realice obra tan

portentosa, hace falta que antes modifiquemos las condiciones sociales, es decir, que demos otra vida á las cosas para que éstas den otra vida á los hombres.

¿Es esto desconfiar de las buenas cualidades del pueblo? ¿Es declararle incapaz de emanciparse? No; es sencillamente decir: Forman la masa buenos artistas, buenos sabios, buenos obreros; pero no la forman caracteres rebeldes é innovadores. Porque un hombre puede ser excelente dibujante y no saber luchar contra los obstáculos que imposibilitan la marcha de las reivindicaciones populares.

A los espíritus revolucionarios corresponde establecer la sociedad que pondrá á la mayoría de los humanos en posesión de sus derechos, de sus goces.

Cuando el libre albedrío no estaba reñido con la ciencia, mejor dicho, cuando la ciencia no había demostrado que el libre albedrío, como todas las concepciones finidas, absolutas, era una quimera mental y, en algunos casos, una necesidad de espíritus apocados; cuando el hombre creía que á su antojo podía elegir entre el bien y el mal y Jesús lo creía, pase que se dijera á los humanos: «Naced otra vez, fundid vuestra alma en otros moldes, bañad vuestro cuerpo en otra agua»; entonces todo el mundo, aun los que no podían realizar el milagro, lo creían posible. Pero á la Humanidad que ha descubierto el determinismo y la influencia del ambiente, no puede decirse: «Se buena, si no te perderás en una vida indigna de tus condiciones»; hay que proporcionarle elementos que hagan práctica la bondad. ¿Acaso un árbol da excelente fruto, porque así lo desee la voluntad de un profeta? No; para lograrlo menester es abonarle, proporcionarle agua, aire, sol, elementos de salud. Para que un hombre realice buenos actos, que son el fruto del ser humano, precisa también ofrecerle elementos de bondad.

No tuvo Nicodemo la culpa si no nació otra vez, es decir, si no arrojó de sí lo que el tiempo había acumulado en él de malo, como no la tuvo si no supo desprenderse de los lazos que la sociedad le había tendido y que lo tenían amarrado por el cuello; la tuvo, primero, unas costumbres sociales que malparaban las excelentes condiciones del hombre, y después una doctrina que quería curar un mal dejando en pie las causas que lo producían; pues el cristianismo, exclusivamente espiritualista, más contemplativo que todas las religiones pasadas, no se cuidó poco ni mucho de las necesidades de la vida material.

* * *

¿Qué ganaba Nicodemo con nacer otra vez, con nacer á la vida ideal de Jesús?

Si á una persona cualquiera se la priva de comer cuatro días, y después se pone un pan al alcance de su mano, diciéndole: «No comas de ese pan, porque si lo haces, condenarás tu alma á los tormentos más atroces y duraderos», el pan desaparecerá por la boca del hambriento, sin que éste tenga en cuenta las penas que por tal acto puede merecer. Si á una humanidad que tiene el mal en el estómago, que padece por no poder satisfacer sus satisfacciones materiales, cierta doctrina le exigiese una vida de privaciones, de dolores y penitencias, á cambio de bienandanzas celestiales para cuando se hubiesen muerto sus individuos, la doctrina que tal se propusiera sería completamente desatendida; y si los libertarios, como pretenden todas las religiones y todos los sistemas políticos, pretendiésemos que el hombre se dignificara, *volviese á nacer*, sujetándolo á unas costumbres indignas y á una sociedad que sólo te ofrece medios de vida á cambio de la muerte de lo que en ti hay de noble, las humanidades huirían de nosotros, como huyen de todo sistema que pretende encontrar la regeneración moral en una cloaca y la felicidad en el sufrimiento.

Y Jesús quería eso; quería que Nicodemo volviese á nacer, respirando muerte, y que el género humano se dignificara comiendo indignidad, y no tan sólo comiendo indignidad, sino sujetando los débiles á los fuertes, los pobres á los ricos, los siervos á los señores.

Dijo á los hombres: «Sed buenos, porque si no, no veréis el reino de Dios»; y los hombres hicieron lo que el hambriento: se comieron el pan prohibido; porque para atender á Jesús hablan de morirse de hambre, condición reñida con la naturaleza humana. Si Nicodemo no vió el reino de Dios, fué porque quisieron enseñárselo á costa de su propia existencia, y esto no lo consiente nadie ni lo logrará ninguna doctrina.

Es necesario preparar el terreno que ha de permitir á los humanos la nueva vida, la vida honrada, digna, sin que se vean obligados á dejar de ser hombres de carne y hueso, con pasiones, con sentimientos y con razón, para poder salvarse. Jesucristo quería redimir á la Humanidad; pero quería hacerlo obligándola á permanecer en una selva llena de cardos y malezas, de cuyos arañazos nadie podía librarse, y haciendo de nuestro organismo, de nuestro bello organismo, que ama la carne inmensamente, que ama el goce con delirio, que quiere saberlo todo, un cuerpo sin pasiones, sin deseos y sin entendimiento.

Esto no podía ser, y no fué. No podía ser porque Jesús que, como poeta, quizá fuese excelente, pero que como hombre debió ser una calamidad, un resumen de la decadencia romana, sin energías físicas ni morales, sin ganas de gozar ni de vivir, tomó vida por muerte y hombres por cadáveres.

Y claro está, Nicodemo, que, aparte las pillerías que había de realizar para ir tirando, sentía ganas de vivir, no quiso nacer de nuevo, para no desprenderse de lo que en él había de vida, precisamente.

FEDERICO URALES.

Sección del Exterior

LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS (1)

I

¿Qué es la anarquía?

Ignorancia del pueblo sobre la anarquía. — Locos ó criminales. — La anarquía es una idea que tiene bases científicas. — Arbitrariedad é injusticia de la ley. — La sociedad tiene por base la ignorancia. — Su inestabilidad. — Dificultad de cambiar las concepciones humanas. — Maleficencia de las instituciones políticas. — Inconvenientes de la partición de la tierra. — La anarquía y el obrero. — La anarquía y la belleza. — No hay seres superiores. — Identidad de las facultades humanas en cualquiera de sus múltiples aplicaciones. — Inconvenientes de la autoridad. — La anarquía y los sabios. — Extensión de la ciencia. — Imposibilidad del aislamiento de cualquier nación. — Absurdo del patriotismo. — La anarquía y la política. — Inutilidad de las reformas. — La anarquía y el espíritu religioso. — La libertad del individuo realizada por su propia voluntad.

A pesar de que la idea de anarquía ha salido de la oscuridad, donde han intentado ahogarla; á pesar de que hoy, gracias á la persecución y á las leyes excepcionales,

(1) Por artículos publicaremos esta obra de J. Grave, última producción del pensador francés y querido compañero nuestro.

iguales á las que promulgan las peores monarquías, los nombres de anarquía y de anarquistas no sean ya ignorados por nadie, son pocos los que sepan á punto fijo lo que es la anarquía.

La intervención de los anarquistas en el asunto Dreyfus, en el cual tanto se dieron á conocer, los puso en contacto con los burgueses políticos, para quienes eran totalmente desconocidos; pero la anarquía no fué por eso más popular.

Para unos, la anarquía es el robo, las bombas, el retroceso al salvajismo; los anarquistas son unos rateros, unos perezosos, que quieren poner en común todas las riquezas para poder darse una vida de regodeo y holgazanería.

Para otros, la anarquía es una especie de utopía, un ensueño de edad de oro, que desde luego reconocen muy hermoso; pero, al fin y al cabo, un ensueño, que sirve, á lo sumo, para ilustrar libros de moral, ó de construcciones sociales fantásticas. Los más benévolos comprenden la anarquía como una vaga aspiración, á la que reconocen como cosa buena para la Humanidad, pero tan perfectamente imposible, que no hay para qué preocuparse de su realización; y á los anarquistas los consideran como una variedad de locos de los cuales hay que librarse, conceptuándolos, en último caso, como pobres iluminados que se apartan de los senderos prácticos para perderse en las vaguedades de la utopía.

Muy pocos son los que saben que la anarquía es una teoría que se asienta sobre bases racionales; que los anarquistas son hombres que, habiendo recogido las quejas de los que sufren el actual orden social, habiéndose penetrado de las aspiraciones humanas, han emprendido la crítica de las instituciones reinantes, las han analizado, y comprendido lo que valen, lo que pueden dar de sí; y que, del conjunto de sus observaciones, deducen las leyes lógicas y naturales para la organización de una sociedad mejor.

Cierto que no tienen la pretensión de haber inventado la crítica del orden social; otros antes que ellos habíanla hecho; desde el momento en que hubo poder, hubo descontentos que no han puesto reparos en censurar sus actos; y si poseyéramos las leyendas que los humanos se transmitían antes de conocer la escritura, quizá en ellas ya encontraríamos sátiras contra sus jefes. Se puede muy bien hacer la crítica del orden de cosas existente sin ser anarquista, y algunos lo han conseguido de un modo que no hemos superado jamás nosotros.

Pero en lo que creemos haberles aventajado, yendo más allá de las escuelas socialistas existentes, y de las que las precedieron, es en haber sabido hacernos cargo del montón de errores que descuellan de la complejidad de las relaciones sociales, de haber sabido remontarnos hasta las causas de la miseria, de la explotación, y de haber, finalmente, puesto al descubierto el error político que hacía esperar de buenos gobiernos, de buenas legislaciones, de buenos hacedores de justicia, el remedio á los males que afligen á la Humanidad.

La anarquía, estudiando el hombre en su naturaleza, en su evolución, demuestra que no puede haber leyes buenas, ni gobiernos buenos, ni suministradores fieles de la ley.

Toda ley humana tiene que ser por fuerza arbitraria, porque, por más amplia que sea la concepción de los que la hacen, no representa más que una parte diminuta del desarrollo humano, una parcela ínfima de las aspiraciones de todos. Toda ley formulada por un Parlamento, lejos de ser el producto de una vasta concepción, es, por el contrario, una pequeña parte de la opinión pública, porque el propio Parlamento,

dado su modo de ser elegido, no es más que la representación de una pequeña minoría.

Una ley, no pudiendo representar las aspiraciones de todos, sólo es aplicable por el temor al castigo de aquellos que la quebrantan, por lo que su aplicación necesita de un aparato judicial y represivo, tornándose así tanto más odiosa, cuanto más fuerte sea su acción coercitiva.

La ley es, desde luego, injusta, por cuanto siendo la concepción de una minoría ó de una mayoría, quiere imponer su regla á la nacionalidad; pero aún es más injusta por el hecho de ser aplicada por hombres que tienen los defectos, las pasiones, los prejuicios y los errores personales de apreciación de sus semejantes, no pudiendo, por tanto, aplicarla, sea cual fuere su probidad, sino bajo la influencia de dichos errores y prejuicios.

No puede haber buenas leyes ni buenos jueces, ni, por tanto, buenos gobiernos, puesto que su existencia implica una línea de conducta única para todos, siendo así que es la diversidad la que caracteriza á los individuos.

* *

Toda sociedad basada sobre leyes humanas, y este es el caso de todas las sociedades pasadas y presentes, no puede, pues, satisfacer por completo el ideal de cada uno. La minoría de vagos, que, por la astucia y la fuerza, supo ampararse del poder, sirviéndose de él para explotar en su provecho las fuerzas colectivas, es la única que halla ventajas en la ley, interesándose por la prolongación de este orden de cosas. Pero sólo puede prolongarlo gracias á la ignorancia de los individuos sobre su propia personalidad, sus posibilidades y virtualidades.

No obstante, cualquiera que sea su ignorancia, cuando la comprensión es demasiado fuerte, los individuos rebélanse. He ahí por qué nuestras sociedades son tan inestables, y por qué las leyes se ven constantemente violadas por los mismos que están encargados de aplicarlas, cuando el propio interés los incita á ello, y es que, basado el poder sobre la fuerza, es á la fuerza á quien recurren todos aquellos que quieren mantenerse en él ó subirse á él.

Hechas para ser aplicadas á todos y para contentar á todo el mundo, las leyes hieren más ó menos á todo individuo que intente abolirlas ó modificarlas cuando las sufre; pero cuando le toca la vez de aplicarlas, entonces las halla excelentes.

A pesar de todo, las aspiraciones nuevas se abren camino, y cuando el antagonismo llega á ser demasiado grande entre estas aspiraciones y las leyes políticas, la puerta ábrese de par en par á las perturbaciones y revoluciones.

Y eso ocurrirá siempre que para curar el mal causado por una ley reconocida como mala no se apele á otro remedio que la aplicación de una ley nueva.

Esta ignorancia de los hombres es la causa de que las instituciones humanas, una vez establecidas, resistan á los cambios de forma. Se cambian los nombres; pero el objeto permanece el mismo.

Los hombres, por el hecho de no haber aún podido llegar á otra concepción social que no sea la autoridad, están condenados á girar en el mismo círculo, mientras no cambien su concepción. Realeza, imperio, dictadura, república, centralización, federación, comunismo, son, en el fondo, siempre la autoridad; bajo el nombre de uno solo, ó bajo la apariencia de mayoría, será siempre la voluntad de unos cuantos impuesta á la universalidad.

Por otra parte, el individuo aumenta sus conocimientos de un modo continuo

aunque de manera muy lenta; y hoy ha llegado á un punto que, para desarrollarse en toda su integridad, precisa que su autonomía sea completa, que sus aspiraciones se realicen libremente y en toda su extensión, que nada entorpezca su libre iniciativa y evolución.

Es por eso que los anarquistas sacan hoy, de la crítica de la actual organización social, esta primera enseñanza: las leyes humanas deben desaparecer, y con ellas los sistemas legislativo, ejecutivo, judicial y represivo, que son un obstáculo á la evolución humana, y que suscitan crisis mortíferas en las que perecen millares de seres humanos, y retarda la Humanidad entera en su marcha, arrastrándola algunas veces á la regresión.

* *

Hoy, que los políticos aún están agarrados á esta fórmula que creen ser el *non plus ultra* de la libertad, «el individuo libre en el municipio, el municipio libre en el Estado», nosotros sabemos que estas formas políticas son incompatibles con la libertad, puesto que tienden siempre á someter un cierto número de hombres á una misma regla; nosotros formulamos nuestra divisa diciendo: «el individuo libre en la Humanidad libre». El individuo libre de agruparse, según sus tendencias, sus afinidades, libre de relacionarse con aquellos que pueden pensar como él, y entre los cuales ejercita sus aptitudes, sin que se lo impida ninguna organización política determinada por consideraciones geográficas y de territorio.

Para que el hombre se desarrolle libremente en toda su potencia física, intelectual y moral; para que pueda dar libre expansión á todos sus deseos, es menester que satisfaga sus necesidades físicas, intelectuales y morales. Y esta satisfacción no puede asegurarse á todos los individuos sino á condición de que la tierra, que no es producto de nadie, sea de quien pueda cultivarla, y que los instrumentos mecánicos existentes, fruto de la labor de las generaciones pasadas, deje de pertenecer á una minoría de parásitos que se hacen pagar un diezmo más que regular sobre sus productos y sobre la actividad de los que los hacen producir.

Por un lado la tierra, demasiado dividida para que permita á los detentores de pequeños terrenos que pongan en práctica los poderosos utensilios que podrían secundar sus esfuerzos; y por otro lado, acaparada en lotes inmensos que permiten á una clase de ociosos sacar, sin trabajar, una renta sobre la producción de aquellos á quienes se permiten alquilarla (1), la tierra difícilmente alimenta á la población existente.

Esto sin tener en cuenta la ignorancia, fomentada por una educación defectuosa, que hace que la mayoría de las gentes se mantengan agarradas á los sistemas rutinarios de cultivo y de producción, en los que gastan inmensos esfuerzos y trabajo para obtener ínfimos resultados.

Sin embargo, á pesar de estas causas de ruína, la tierra aún podría llegar á alimentar medianamente á cada individuo si los intermediarios no almacenaran los productos, especulando y agiotando con ellos, por lo cual la mayoría de la Humanidad está siempre imposibilitada de adquirir aquello que necesita.

Por consiguiente, si todos no tienen lo suficiente para comer, tiene la culpa la mala organización social, y no la falta de producción. Un reparto más equitativo de

(1) Esto cuando no la inmovilizan transformándola en tierras de caza, parques de recreo, ó la dejan estéril por falta de capitales suficientes para mejorarla, ó únicamente por negligencia.—N. del autor.

los productos bastaría para que cada cual comiera lo suficiente. Una mejora en el cultivo de la tierra, así como en el empleo de los instrumentos de producción, traerían la abundancia para todos.

La comprensión más clara de las cosas llevaría al campesino á darse cuenta de que su interés bien comprendido está en reunir su lote al de los vecinos; en asociar sus esfuerzos para disminuir sus fatigas y aumentar su producción.

Y como nadie tiene el derecho de esterilizar, por su solo gusto, la más mínima parcela de terreno mientras exista un solo sér que no coma lo suficiente, la próxima revolución tendrá por fin principal poner la tierra en manos de los que quieran cultivarla, y dar los instrumentos de producción á aquellos que quieran maniobrarlos.

Tal es lo que la anarquía pretende demostrar al campesino, haciéndole comprender que aquellos que le desuellan, explotan igualmente al trabajador de las ciudades, y que lejos de considerar á este último como enemigo, debe tenderle la mano para ayudarse mutuamente en la lucha por la vida, y llegar así á desembarazarse de sus parásitos comunes.

Al obrero le demuestra que no debe esperar su manumisión de salvadores providenciales, ni de los paliativos propuestos por los títeres de la política, que quieren captar sus sufragios para dominarlo; le demuestra que la emancipación individual tiene que ser obra del individuo mismo, no pudiendo ser otra cosa que el resultado de su propia energía, de sus propios esfuerzos, cuando, sabiendo obrar, use de su libertad en lugar de pedirla.

* *

La anarquía se dirige especialmente á los hambrientos. Comer lo suficiente es un derecho primordial que priva sobre todos los demás y va á la cabeza de las reivindicaciones del sér humano. Pero la anarquía abraza también todas las aspiraciones y no descuida ninguna necesidad. La lista de sus reclamaciones comprende á todas las que el hombre puede apetecer.

Mirbeau en sus *Malos Pastores*, hace proclamar á los obreros en huelga su derecho á la belleza. Y en efecto, cada sér tiene derecho, no sólo á todo aquello que puede sostener su vida, sino á todo cuanto pueda hacerla fácil, amenizarla y embellecerla. Muy pocos son los que en nuestro estado pueden darse una vida semejante.

Hay quien tiene satisfechas sus necesidades físicas; pero éstos ven paralizado su mejoramiento por la organización social, dada su estrechez en las concepciones del nivel intelectual medio: artistas, literatos, sabios, todos los que piensan y sufren moralmente, cuando no físicamente, el actual orden de cosas.

Heridos á diario por las pequeñeces de la vida corriente, desairados por las medianías del público á quien se dirigen y al que deben guardar consideraciones si quieren vender sus obras, se ven obligados á producirlas vulgares y mediocres, si no quieren morir de hambre.

La educación ha hecho creer á muchos de ellos que son de una esencia superior al campesino, al trabajador manual, bien que la mayoría descienda precisamente de los artesanos. Les han persuadido de que es preciso, para que su «talento» se desarrolle, para que su imaginación pueda darse libre curso, que la «vil muchedumbre» se encargue de las faenas pesadas, que los sirva, se extenúe, volviéndoles, por medio de su trabajo, la vida fácil, que es necesaria para que su «genio» alcance su completa dilatación y cree la atmósfera de lujo y ociosidad de las clases aristocráticas.

Un concepto más racional de las cosas ha hecho comprender al hombre que, para

ser completo, debe ejercitar tanto sus miembros como su cerebro; que si el trabajo es degradante, es porque han hecho de él un signo de servidumbre, y que el hombre sólo es verdaderamente digno de este nombre á condición de no vivir á expensas de sus semejantes.

Un individuo vale lo que otro; si hay grados de desarrollo es debido á causas que ignoramos; pero tal ó cual ignorante puede reunir cualidades morales superiores á las del que sabe más. En todo caso, si la inteligencia favorece al que la posee, no le da el derecho de explotar ni de gobernar á los demás.

Precisamente esta diferencia de desarrollo implica diferencia de deseos, de aspiraciones, de ideal, y sólo al propio individuo incumbe realizar lo que mejor responda á su concepción de la felicidad.

Además, si estas diferencias de desarrollo nos parecen tan grandes, es porque la educación, mal comprendida y mal aplicada, perpetúa todos los errores y prejuicios. Si la imaginación, la invención, la observación, el juicio, difieren á veces de intensidad en cada individuo, no difieren de esencia: son simples facultades que no pierden su cualidad por el hecho de emplearse en la construcción de una máquina, de una casa, del estañado de una caldera, de la confección de una camisa, ó empleada en escribir una novela ó un tratado de Anatomía.

Sedientos de jerarquía, los humanos han dividido en ocupaciones nobles y viles el empleo diverso de nuestras fuerzas. Los parásitos, que se hicieron nuestros amos, declarándose superiores, han establecido como principio que no había nada más noble que la ociosidad, que no había nada más hermoso que la fuerza empleada en destruir; la empleada en producir, en hacer salir de la tierra y de la industria todo lo que era necesario para la manutención de la vida, era de cualidad vil é inferior, y que su empleo quedaría á cargo de las clases serviles.

Habiendo partido de esta base, seguimos reputando como viles ciertas ocupaciones, olvidando que si son así es porque hay una clase de gente que se ve obligada á ejercerlas en obediencia á otra clase; que está obligada á sufrir sus mandatos y caprichos de los que tachan la libertad, siendo así que no puede haber nada de vil en ningún trabajo que consista en atender á nuestras propias necesidades.

El artista, el literato, pertenecen á la masa, no pueden aislarse de ella, y forzosamente tienen que sentir los efectos de la mediocridad ambiente. En vano se atrincheran tras los privilegios de las clases directoras; en vano se aíslan de su «torre de marfil»; si hay rebajamiento para aquel que está obligado á ejercer determinadas ocupaciones para poder atender á sus necesidades, la moralidad de aquellos que á este trabajo les condenan no es superior á la suya; si la obediencia envilece, el mando, lejos de elevar los caracteres, más bien los rebaja.

Para vivir de su ensueño, para realizar sus aspiraciones, es menester que trabajen á su vez en el levantamiento moral é intelectual de la masa; que comprendan que su propio desarrollo está hecho de la intelectualidad de todos; que, cualquiera que sea la altura á que crean haberse remontado, la deben á la muchedumbre. Si tienden á elevarse, mil lazos los prenden á ella, traban su acción y su pensamiento, impidiéndoles para siempre llegar á las cumbres ambicionadas. Una sociedad normalmente constituida no admite esclavos, sino un cambio mutuo de servicios entre iguales.

El mismo sabio, que considera su actividad como el más noble empleo de las facultades humanas, debe aprender que la ciencia no es un dominio privado y reserva-

do tan sólo á algunos iniciados, pontificando ante un público de ignorantes que los cree bajo su palabra, y que, lo mismo en ciencia que en arte y literatura, las facultades de juzgar, de observar y de comparar no difieren de las empleadas en ocupaciones que consideramos como más vulgares.

A pesar de la comprensión intelectual que desde hace tantos siglos pesa sobre la Humanidad, la ciencia ha podido progresar y desarrollarse, gracias al espíritu crítico de las individualidades refractarias á las enseñanzas oficiales, á las concepciones dominantes. Debe, pues, ser puesta al alcance de todos, tornarse accesible á todas las aptitudes, á fin de que el espíritu de crítica que la ha salvado del oscurantismo, contribuya á apresurar su completo florecimiento.

La ciencia se fragmenta en tantas ramas distintas, que es imposible á un mismo individuo conocerlas todas en su integridad; la duración de la vida es demasiado corta para que un hombre pueda adquirir bastantes nociones y estudiarla aun en sus menores detalles.

Para ello vese obligado á recurrir—á condición de saberlos criticar—á los trabajos de sus antecesores y al de sus contemporáneos. Es del conjunto de los conocimientos humanos que sale la síntesis general: lo que hoy sabemos es apenas un medio de adquirir los conocimientos de mañana. Y nadie obtiene conocimientos seguros sin valerse del trabajo de todos; las observaciones, aun las más ínfimas, no siempre deben desdenarse. Que los sabios cesen á su vez de creerse una casta aparte; que comprendan, por fin, que la ciencia no exige aptitudes especiales; que debe ser accesible á todos, puesto que todos, al desarrollarse, contribuyen á su vez al desarrollo general.

* *

Lo que es verdad para los individuos, lo es igualmente para las naciones. Así como el individuo no puede vivir sin el apoyo de todos, así también un pueblo no puede vivir sin el apoyo de los demás pueblos. Una nación que quisiera encerrarse dentro de sus fronteras, cortando todas las relaciones con el resto del mundo, no tardaría en retrogradar y perecer. Es, pues, absurdo y criminal fomentar, en nombre del patriotismo, los odios llamados nacionales, los cuales no son otra cosa que pretextos de los gobernantes para legitimar la existencia de la calamidad militarista, de la que necesitan para asegurarse en el poder.

Cada nación necesita de las demás.

No hay región que, ya sea por uno ú otro producto, no sea la cliente de otras regiones. No podemos ser enemigos de otros por el hecho de hablar un idioma diferente, ó porque centenares de años atrás los habitantes de la región vecina saquearon y asolaron las regiones que hoy nos son indiferentes, pero de las que quieren hacernos sentir el ultraje, ó porque sus habitantes han estado antes sometidos al mismo yugo que nos oprime.

Todas las naciones pueden reprochar algún crimen á sus vecinos, ó que al presente encierran dentro de sus fronteras alguna provincia incorporada, á pesar del voto de los habitantes. Y si aquellos que llevaron á cabo estos latrocinios, fueron odiosos, ¿qué culpa tienen sus descendientes? Nosotros seríamos también culpables de los latrocinios que nuestra historia nos hace admirar como hechos gloriosos.

¿Quién, entre los que aspiran á vivir de su trabajo, puede desear que una nación se arroje contra otra? Sólo los que se han declarado amos de pueblos pueden tener interés en aumentar el número de aquellos á quienes explotan; sienten necesidad de servirse de aquellos á quienes arman para la matanza, al mismo tiempo que la ame-

naza de la guerra con los vecinos es una justificación de la existencia de las tropas que constituyen su sostén.

Los déspotas, que han erigido el patriotismo en nueva religión, pronto pasan por encima de las fronteras cuando tratan de defender sus privilegios ó de extender su explotación. Cuando se trata de perseguir á las ideas «subversivas», los burgueses franceses, alemanes, italianos, suizos, rusos y otros, saben prestarse sus diplomáticos y sus polizontes.

Cuando se trata de vencer una huelga, los explotadores no ponen reparo en reclutar á los trabajadores extranjeros, si éstos consienten en trabajar á bajo precio, y si fuera necesario, los gobiernos se prestarían sus ejércitos.

En todas las convenciones internacionales establecidas sobre correos, banca, comercio, navegación, ferrocarriles, ¿no prueban que, ante todo, la armonía pacífica es la ley suprema?

Los anarquistas desean que los trabajadores vean un hermano en cada trabajador, cualquiera que sea el lado de la frontera donde haya nacido. Hermanos de miseria, sufriendo los mismos males, sometidos al mismo yugo, tienen que defender los mismos intereses, tienen que perseguir el mismo ideal. Sus verdaderos enemigos son aquellos que los explotan, que los esclavizan é impiden su desarrollo. Sólo contra sus amos deben armarse.

* * *

La anarquía no se detiene en las combinaciones ambiguas de la política; profesa el más profundo desdén á los políticos; las promesas de los corredores de candidaturas no la interesan más que para demostrar su engaño y hacer patente la imposibilidad de transformar la organización social mientras no se ataquen resueltamente sus vicios económicos.

Si los políticos tienen fe en las mentiras que propagan, son ignorantes é imbéciles, puesto que bastaría el más pequeño razonamiento para hacerles comprender que cuando se quiere curar un mal é impedir su reproducción, hay que atacarlo en sus causas. Si mienten á sabiendas, son unos embusteros; en ambos casos engañan á aquellos á quienes captan su confianza por medio de engaños é intrigas.

Los que explotan la actual organización social buscarán siempre torcer en su provecho todas las tentativas de mejoramiento que puedan surgir; y siempre habrá quien tema los cambios bruscos, limitándose á los términos medios que crean capaces de conciliar todos los intereses.

Los amos tendrán siempre interés en engañar á los oprimidos sobre los verdaderos medios de emanciparse, y habrá siempre demasiados ambiciosos sedientos de poder que les ayuden á embrollar más las cuestiones.

La anarquía demuestra la inutilidad de toda tentativa de mejoramiento que, no atacando más que los efectos, deje subsistir las causas.

Mientras la riqueza social sea patrimonio de una minoría de ociosos, esta minoría se servirá de ella para vivir á expensas de aquellos á quienes explota. Y como es la posesión del capital la que hace los fuertes y los amos de la organización social, ellos jamás dejarán de apropiarse de toda mejoría realizada.

Para que una mejoría aproveche á todos, hay que destruir los privilegios. Es á la recuperación de aquello de que han sido expoliados á lo que deben dirigirse los esfuerzos de los que nada poseen: destruir el poder que los oprime, impidiendo su reconstitución; apoderarse de los medios de producción, reconstituir una

organización social, en la cual la riqueza no pueda nunca concentrarse en manos de unos cuantos. He ahí á lo que aspiran los anarquistas.

Para impedir la explotación del hombre, hay que cambiar las bases del orden económico; es menester que el suelo y todo lo que es trabajo de las generaciones pasadas, quede á disposición de aquellos que puedan utilizarla, que no puedan ser acaparadas en provecho exclusivo de quienquiera que sea: individuo, grupo, corporación, municipio ó nación.

Esto es lo que no comprenden los partidarios de las reformas parciales, no obstante ser la demostración consciente de los hechos económicos. Nada bueno puede salir de la obra de los charlatanes de la política. La emancipación humana no puede ser obra de ninguna legislación, de ninguna concesión de libertad por parte de las clases dictatoras; tiene que ser la obra del hecho realizado, ó sea la voluntad individual traducida en actos.

*
* *

Apoyándose en la doctrina evolucionista, rechazando toda voluntad preconcebida sobre los fenómenos por los cuales se manifiesta la evolución de los mundos y de los seres; reconociendo que es esta la obra pura y simple de las fuerzas de la materia en contacto, el simple resultado de las transformaciones que esta materia sufre en el curso de su propia evolución, el anarquismo es francamente ateo, rechazando toda idea de entidad creadora.

Pero siendo, como es, la libertad absoluta, si combate las divagaciones religiosas, es únicamente desde el punto de vista de la verdad, y sobre todo, porque el clero que se ha criado alrededor de todos los dogmas religiosos, pretende servirse de la fuerza que le prestan la autoridad y el capital para imponer sus creencias y hacerse pagar su manutención, aun por aquellos que rechazan toda creencia religiosa.

Además, sabiendo por experiencia propia que la fuerza de comprensión no destruye la idea, los anarquistas esperan el triunfo de la razón de la cultura de los cerebros.

Libertad absoluta en el dominio del pensamiento, como asimismo en el de los hechos, en la familia, como en la sociedad.

La asociación de los sexos, lo mismo que las demás formas de la actividad humana, no estará sujeta al patrón ó sanción de nadie. Es absurdo pretender poner límites ni cortapisas á las afecciones de cada cual. El amor, la amistad, el odio, no dependen de nuestra voluntad; cada cual siente estas pasiones sin poder resistirlas, y, casi siempre, sin poder explicarlas ni conocer sus móviles.

El matrimonio, pues, no puede estar sujeto á ninguna regla, á ninguna ley que no sea la buena fe y sinceridad mutuas; su duración dependerá del afecto recíproco de dos seres asociados, debiendo ser disoluble por voluntad de aquellos para quienes venga á ser una imposición.

Cierto que siempre quedarán cuestiones que no podrán resolverse sin dolor ni choque de intereses, tales como la cuestión de los hijos, la desazón de aquellos en quienes sobreviva el amor y otros casos de sentimiento. Pero eso no tendrá arreglo por medio de reglas preestablecidas; por el contrario, el constreñimiento sólo consigue enconar las dificultades. A los interesados incumbirá el arreglo de las desavenencias que los dividan.

Todo lo que se puede desear es la mayor elevación del nivel moral de la Humanidad, de forma que la bondad y la tolerancia crezcan y traigan su bálsamo cicatri-

zador á los conflictos entre las pasiones humanas, que, por su naturaleza, están fuera de toda censura y reglamentación.

La grande objeción, en que se aferran los adversarios llevados hasta sus últimos cercenamientos, consiste en declarar que el ideal anarquista es realmente hermoso, pero demasiado hermoso para que pueda realizarse, y que la Humanidad nunca será bastante sabia para lograrlo.

Pero semejante objeción es capciosa. Si nadie puede decir lo que será mañana la Humanidad, no hay fase de su desarrollo que, de poder ser prevista y anunciada á las generaciones que la precedieron, no fuera considerada, tan irrealizable como el ideal anarquista para aquellos que nunca saben abstraerse del presente; lo cual se comprende, puesto que en su cerebro aún no se ha operado la evolución que debe facilitar el nuevo orden de cosas.

Mientras los individuos vegeten en la servidumbre, esperando de los hombres ó de acontecimientos providenciales el fin de su abyección; mientras se contenten con esperar sin obrar, el ideal más elevado, lo mismo que el más sencillo, no pasará de puro ensueño, de vaga utopía.

¿Dónde, sin ser en la fábula, se ha visto á la fortuna bajar hasta la puerta del dormilón, aguardando humildemente que su pereza se digne tenderle los brazos?

Cuando los individuos hayan reconquistado la estima de sí mismos; cuando se hayan convencido de su propia fuerza; cuando, hartos de sufrir, hayan recobrado su dignidad y sepan hacerla respetar, habrán aprendido que la voluntad todo lo puede, siempre y cuando esté al servicio de una inteligencia consciente.

Les bastará querer ser libres para hallar los medios seguros de alcanzarlo. Y son algunos de estos diferentes medios lo que vamos á estudiar en las páginas que siguen.

JUAN GRAVE.

(Traducción de M. Ferreira.)

PENSAMIENTOS

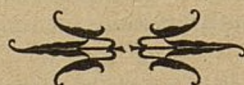
En el cerebro del hombre generan las ideas según la sustancia cerebral, la estructura del cráneo y la influencia del ambiente (educación, relaciones, medios, etc.); así, pues, la labor intelectual de un individuo es el resultado de dos fuerzas, natural la una, social la otra.

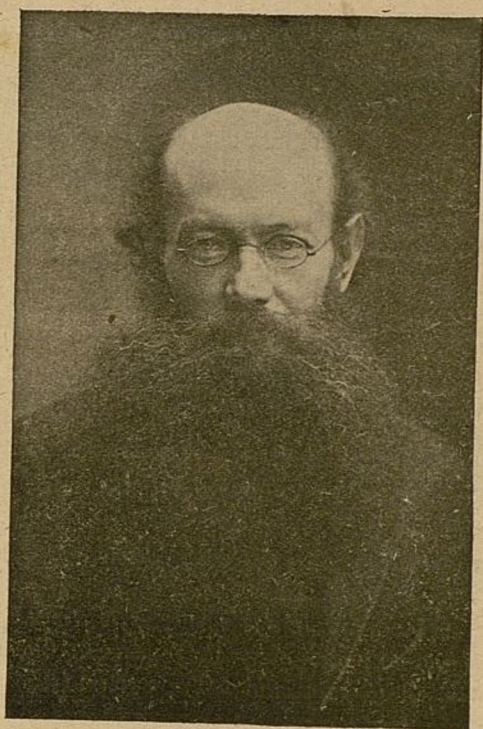
El amor á la vida se demuestra no ejecutando ningún acto que perjudique nuestra salud (vicios), y despreciando las obligaciones que no la benefician (leyes).

Hay quien reniega del amor libre, sin pensar que si fuese libre el amor sabría lo que no sabe: quién es su padre.

A medida que se suceden las generaciones se modifica el concepto de las cosas; porque si bien caminamos hacia la verdad, nunca encontraremos la última, y ¡ay! del día que la encontremos.

URALES.





Pedro Kropotkine.

No siempre la tiranía del medio se impone á los individuos, moldeándolos al antojo de las circunstancias: sera cierto para la generalidad que las costumbres, las instituciones y todo el mecanismo antiprogresivo que forma el bagaje reaccionario de las naciones se imponga, dando norma á la inteligencia para el funcionamiento del juicio y subordinando la voluntad á lo que piensan y á lo que quieren las gentes entre quienes se vive; pero aquellos que descubren la verdad entre el cúmulo de preocupaciones arraigadas en los cerebros y tienen delicadeza de sentimientos para dolerse de los efectos del error dominante é indignarse ante el dominio soberano de la injusticia, esos rompen las cadenas que les aprisionan, se emancipan de la autoridad cimentada en la falsía, salen dignamente al campo de los rebeldes, se unen á la falange revolucionaria, viva siempre por el prestigio indestructible de la idea, y allí sostienen y continúan la lucha encarnizada contra la mentira revestida con los atributos de la divinidad y del poder.

Es incomprensible para muchos que un hombre se desprenda voluntariamente de las dulces y esplendorosas ventajas que le concede el privilegio de ilustre nacimiento y la posesión de las riquezas, para unirse con los desheredados y participar con ellos de los dolores del trabajo y de los sufrimientos de la miseria; pero los que así juzgan como ignorantes que son de los móviles y de los impulsos de la actividad humana, ó á lo sumo, no conociendo más que los de carácter innoble y mezquino, ó juzgando por sí mismos, desconocen la sublime sencillez en que se funda el bien por el bien mismo.

Humillarse ante el superior y ensoberbecerse en presencia del que se tiene debajo; renunciar al propio pensamiento y profesar públicamente lo dogmático y lo rutinario aunque repugne á la razón; apoyar sistemáticamente á los fuertes contra los débiles; embolsarse rentas, ganancias y beneficios que carecen de todo fundamento decente y

racional; vivir rodeado de comodidades y goces que embotan la sensibilidad y acaban por causar asco y hastío, eso podrá ir bien á la clase de pletóricos pancistas que en la jerarquía social ocupan el lugar de los más fuertes y mejor dotados, como dicen los supuestos sabios que dan fe de que todo va bien en este mundo, el mejor de los mundos, pero es inaguantable para el hombre recto y bien equilibrado á quien nadie ni nada puede obligar á vivir á costa de una usurpación perpetua, legal, constitucional, santa, y prefiere el trabajo y la pobreza con dignidad á la opulencia del magnate estúpido que se refocila en su palacio como el cebón en su pocilga.

Copiado del *Diccionario oficial de los hombres célebres de nuestra época*, existente en el Museo Británico, me remiten los siguientes datos, que copio textualmente:

«Kropotkine (*príncipe Pedro Alejandro*).—Geógrafo y revolucionario ruso, nacido en Moscu el 9 de Diciembre de 1842. A la edad de quince años entró en la Escuela militar de Pajes, de San Petersburgo, y obtuvo el grado de subteniente en 1862. Apasionado por los viajes, ingresó en el regimiento de cosacos del Amour y pasó como ingeniero á la Siberia oriental, en calidad de edecán y luego como agregado para los asuntos cosacos, cerca del gobernador de aquella provincia. Por entonces ejecutó numerosas excursiones á las regiones del Amour y del Norte de la Mandchuria. La relación de sus exploraciones, inserta en las *Memorias de la Sociedad Geográfica Rusa*, valió á su autor una medalla de oro y el ascenso á capitán en 1865. De vuelta á la capital del imperio en 1867, siguió durante cuatro años los cursos de Matemáticas en la Universidad y desempeñó la secretaría de una sección de la Sociedad Geográfica. En 1871 la misma Sociedad le encomendó la misión de explorar los glaciares de Finlandia y Suecia, y las observaciones que recogió sobre el terreno forman en gran parte el primer tomo de su obra *El período glacial*, publicado por su hermano Alejandro durante la prisión del autor (1).

»De aquella época data la participación del príncipe Kropotkine en la agitación socialista europea. En 1872, en un viaje que hizo á Bélgica y Suiza, se afilió á la Asociación Internacional de los Trabajadores, y pronto fué uno de los miembros más ardientes de la sección de los anarquistas. Volvió á Rusia, y se dedicó activamente á la organización del partido nihilista, por lo que fué preso y encerrado en la ciudadela de San Pedro y San Pablo, aprovechando su prisión para continuar su obra *El período glacial*; de allí fué trasladado á la cárcel del Hospital Militar, de donde logró fugarse el 12 de Julio de 1876, pasando á Inglaterra. El año siguiente fué á Suiza á participar de los trabajos de la Federación del Jura, de la Internacional, y fundó en Ginebra el periódico anarquista *La Révolte*, que más tarde continuó su publicación en París. Alternaba esos trabajos con una serie de conferencias á los trabajadores, presentándose con el nombre menos aristocrático de Borodine, en las que predicaba abiertamente la guerra á la sociedad actual y hacía la apología del asesinato de Alejandro II. A instancias del gobierno ruso fué expulsado de Suiza y se dirigió á Thonon, Francia (departamento de Alta Savoya), donde residió algún tiempo, pasando después á Inglaterra á continuar la propaganda nihilista en la prensa y en las reuniones públicas. En Octubre de 1882 volvió á Thonon, donde al cabo de dos meses fué preso y sometido al tribunal de Lyon, que, después de unos debates muy notables, le condenó á cinco años de prisión. A pesar de la intervención de Víctor Hugo en su favor y del empeño manifestado por muchos sabios ingleses, sufrió la mayor parte de su condena en la prisión de Clairvaux, siendo, por último, indultado por decreto del presidente de la república el 15 de Enero de 1886 y conducido á la frontera.

»Kropotkine ha colaborado en la *Geografía Universal*, de Reclus, suministrando la parte concerniente á Rusia. Como revolucionario ha producido numerosas obras y artículos en periódicos y Revistas científicas, que han circulado profusamente, traducidos á todos los idiomas modernos.»

Hasta aquí los datos biográficos de origen burgués, que no honran poco al biogra-

(1) La palabra *glacial*, con significación de sustantivo ó con la de adjetivo, no es oficialmente española; la Academia no la incluye en su Diccionario. Para el sustantivo conserva ésta el nombre de *ventisquero*, y para el adjetivo el de *glacial*, ambos faltos de precisión, por inclinar la atención á ideas diferentes. Como más exacta, aunque de origen extranjero, usan muchos escritores la palabra *glaciar*, despreciando la autoridad académica.

fiado. Con ellos han de contentarse los que sólo quieran formarse idea del hombre. Pero Kropotkine es ante todo y sobre todo lo que se llama un intelectual. Su fuerza analítica, el poder de su inducción y la grandiosidad de sus concepciones, constituyendo un conjunto metódico y racional, subordinado en todos sus detalles á la más rigurosa lógica, hacen de él una de las figuras más eminentes del siglo, y sus ideas inspiran respeto hasta tal punto, que un diario tan poco sospechoso en punto á aficiones anarquistas como *El Liberal*, de Madrid, al dar cuenta de la edición española de *La conquista del pan*, con la idea, según decía, de prevenirse contra el peligro social, presentándolo á la luz del día mejor que ocultándolo, no pudo menos de declarar: «¡Quién sabe si en el transcurso de las edades, al condensar sus doctrinas, al precisar sus soluciones, no resulte comprobado que se trata hoy simplemente de un ideal embrionario, en incubación, cuyo desenvolvimiento trae aparejada una nueva verdad ó remedio á las deficiencias de la presente civilización!»

Para Kropotkine, la estadística, lejos de hallarse constituida por números muertos, que jamás descenden á las causas ni se remontan á las consecuencias, como lo son para los llamados economistas, imbuidos de la preocupación estacionaria, sirve de medio de exposición de doctrina, á la vez que de piqueta demoledora.

He aquí el resumen de su trabajo *Los productos de la tierra*:

La población de Europa y de los Estados Unidos era en 1886 de 407.360.000 habitantes.

La producción total de sustancias alimenticias en dichas naciones y en el mismo año, compuesta de cereales, legumbres, carnes, caza, leche, huevos, pesca, etc., fué de 438.092.400.000 kilogramos y 12.000 millones de litros de vino.

Correspondía, pues, á cada individuo, 1.075 kilogramos de alimentos y 30 litros de vino.

Según los últimos experimentos científicos, el hombre adulto y en perfecta salud, debe consumir 1.000 gramos de alimentos ricos en carbono (pan, legumbres, etc.) y 300 gramos de alimentos nitrogenados (carne, huevos, queso, etc.), ó sean 1.300 gramos de alimentos sólidos, representando esta suma un término medio asaz extenso, porque no se descuenta la menor ración que corresponde á los niños, ancianos y enfermos. Tomando, pues, en números redondos la ración anual de cada individuo, representada por 474 kilogramos, resulta un excedente de sustancias alimenticias de 245 millones de kilogramos, que racionalmente pueden considerarse como una triple ración individual.

Del trabajo *Los productos de la industria* se desprenden los siguientes datos:

La producción industrial europea y norteamericana de 1886 fué de 162.875 millones de francos.

Distribuida esa cantidad entre 407 millones y pico de habitantes, tocan aproximadamente á 421 francos por individuo; una familia formada de cinco tendría anualmente 2.105 francos en productos individuales á su disposición.

Si se hiciese un reparto individual, el valor de los productos industriales sería mucho mayor, porque el cálculo hecho representa el valor á precio de fábrica, sin contar el importe de gastos comerciales, impuestos, transportes y la multitud de gravámenes que sobre la producción cargan gobernantes, usureros, intermediarios, que sin exageración se eleva á un quíntuplo; de manera que los 162.875 millones y pico, resultado del cálculo anterior, pueden elevarse muy bien á 814.000 millones, lo que daría á cada individuo 2.104 francos.

Aunque la ración industrial no sea tan fácil de precisar como la alimentación, bien puede asegurarse que esa cantidad es más que suficiente para las necesidades individuales, como lo prueban el cálculo basado, no en las costumbres de un campesino ni de un obrero, sino en las de un burgués regularmente acomodado, que en habitación, vestido, mobiliario, etc., gaste unos 600 francos, porque restando los 600 francos de los 2.104, quedan 1.504.

Pasando del cálculo individual al de conjunto, tomando por base la cifra que representa la población europea y norteamericana, y lo que corresponde por gastos de conservación de todos los habitantes, se obtiene el siguiente resultado en números redondos y despreciando las cifras que no lleguen á millar de millón:

	Francos.
Valor de los productos fabricados utilizables anualmente....	814.000.000.000
Total de gastos de conservación.....	244.000.000.000
SOBRAANTE.....	570.000.000.000

De lo cual resulta que, con el actual sistema de producción, á pesar de ser rutinario y bárbaro, la agricultura triplica la ración que corresponde á cada ser humano, y la industria la quintuplica.

En parangón con ese resultado estadístico, he aquí el resumen de *Riqueza y Miseria*:

Tenemos en Europa y los Estados Unidos, prescindiendo de otros países donde la estadística es desconocida, setenta millones de pobres que luchan desesperadamente con el hambre y las privaciones de toda especie.

Entre los datos que sirven como unidades para formar ese espantoso total, se encuentran los siguientes: En 1892 recurrieron á la asistencia pública en *Londres* 98.124 personas. Claro está que en ese número no se cuentan los que duermen bajo los arcos de los puentes, en las obras públicas, en los paseos, ó cubiertos con periódicos y agrupados unos contra otros, en número de muchos centenares, en Trafalgar Square, y que amanecen sin saber de dónde les vendrá el maná, empezando por rebusar alimento como los perros en los montones de basura.—En *París* hay 200.000 indigentes, 3.735 habitaciones desprovistas de todo medio de calefacción, donde el termómetro desciende á veces á 12 y 14 grados bajo cero; 6.894 que reciben luz y ventilación por un agujero, y 3.192 completamente á oscuras, donde no es raro que existan cuatro ó cinco camas en que duermen dos ó tres personas. En el año 1885 fueron abandonados en Francia 3.137 niños por sus madres.—En *Alemania* hay unos dieciséis millones de trabajadores industriales: el término medio de los jornales era años atrás de dos marcos; en Hamburgo, el kilo de carne costaba un marco 20 pfennigs.—En la capital de *Austria*, la cifra de la prostitución se elevaba en 1879 á 4.212 mujeres; más de la mitad menores de edad.—En *Italia* la miseria es proverbial, y en *España* ni más ni menos.—En *Suiza* se practican aún las *mises d'enfants*, ó ventas de niños, por los cuales los municipios, encargados de la asistencia pública, para ahorrarse el sustento de las viudas y de los huérfanos, arranca los hijos á sus madres y los entrega al que se compromete á mantenerlos por menor cantidad, quedando durante su infancia en perfecto estado de esclavitud y obligados á trabajar para su amo.

Los datos opuestos no son menos repugnantes: En *Inglaterra* las dos terceras partes del territorio pertenecen á 10.000 individuos y los lores poseen 6.240.000 hectáreas; en *Escocia* 21 propietarios son amos de la tercera parte de la tierra, y 1.700 de las nueve décimas; en *Irlanda*, hay un sujeto, llamado duque de Sutherland, que posee 530.000 hectáreas.—En *Alemania* hay propietarios territoriales de 2.000 á 3.000 kilómetros cuadrados de superficie. En *Prusia* la mitad del territorio pertenece á propietarios que poseen de 75 á 344 hectáreas, y el número de millonarios se eleva á 3.000.—En *Austria* *Hungría* las dos terceras partes de la superficie de la patria son poseídas por algunos centenares de propietarios, cuyas propiedades son 1.000 á 10.000 hectáreas.—En *Bohemia* hay un príncipe de Schwarzenberg dueño de la trigésima parte del territorio, ó sean 178.000 hectáreas.—En los *Estados Unidos* 29 capitalistas acapararon hace algún tiempo 8.500.000 hectáreas de terreno de cultivo, ó sea un territorio mayor que *Irlanda*. Allí existen los mil millonarios, fenómeno que da una triste idea de la impotencia de la democracia respecto á la justicia social.

El hombre que ha recogido esos datos no se limita á exponerlos para dejar al lector bajo la acción del más negro pesimismo ó dispuesto á buscar ilusorio consuelo en la esperanza ultraterrena, sino que, como dice Reclus en el prólogo á *Palabras de un rebelde*, de nuestro biografiado, fiel al método científico, expone la situación general de la sociedad, con sus vergüenzas, sus vicios, sus elementos de discordia y de guerra; estudia los fenómenos de decrepitud que presentan los Estados, y nos muestra las grietas que se abren y las ruinas que se acumulan. Después desarrolla los hechos de

experiencia que la historia contemporánea nos ofrece, en el sentido de la evolución anárquica, indicando su significación precisa y la enseñanza que entraña, para resumir sus ideas en la *expropiación*, que considera como el programa de la revolución futura, y sobre cuya necesidad de realización dice:

«Si la riqueza social queda entre las manos de los que hoy la poseen; si la fábrica, la cantera y la manufactura continúan propiedad del patrón; si los ferrocarriles y los medios de transporte siguen monopolizados por las Compañías y los individuos que las han acaparado; si las casas de las poblaciones y las quintas de recreo de los señores siguen poseídas por sus actuales propietarios; si los tesoros acumulados en los Bancos y en las arcas de los capitalistas no pasan inmediatamente a la colectividad, ya que todos han contribuido a producirlos; si el pueblo rebelado no toma posesión de todos los géneros y provisiones almacenados en las ciudades y no se organiza para ponerlos a disposición de todos los que lo necesiten; si la tierra, por último, queda en posesión de los banqueros y usureros, a quienes hoy pertenece de hecho, si no de derecho, y si los grandes inmuebles no se quitan a los grandes propietarios para facilitar el trabajo de cuantos quieran trabajar la tierra; si se constituye, además, una clase gobernante que mande a los gobernados, la insurrección no será una revolución, y habrá que comenzar de nuevo.»

Puede decirse que Kropotkine ha hecho de la revolución una ciencia y que, para servirla dignamente, posee y enseña todas las ciencias auxiliares. Así, en todas sus obras, en la serie interminable de sus trabajos (lo mismo en la prensa revolucionaria que en las Revistas científicas en que colabora para ganarse el pan de cada día como un asalariado cualquiera), se encuentran portentosas iniciativas, estudios sobre los más importantes asuntos, resúmenes de conocimientos, indicaciones precisas de aplicación práctica y descubrimientos que acreditan tanto al revolucionario como al sabio. Sus estudios sobre la agricultura del presente y del porvenir son ariete invencible y tenaz contra la rutina, allanan las dificultades que los timoratos se forjan para los días de la gran crisis revolucionaria que se nos echa encima, é inspiran una confianza absolutamente racional y científica para los felices tiempos que sobrevengan a la destrucción del privilegio, sobre la cual pueden fundarse con toda seguridad los cimientos del ansiado ideal de igualdad, de libertad y de fraternidad.

En confirmación de lo que acaba de leerse puede afirmarse que Kropotkine brilla no sólo como geógrafo y como sociólogo, sino que, además, acaba de revelarse como eminente antropólogo. En un trabajo publicado en *Nineteenth Century*, después de una interesante descripción de los recientes descubrimientos sobre la estructura del cerebro, expone su funcionamiento en los términos extractados a continuación:

«El sistema nervioso comprende millones de unidades microscópicas, que contienen en su interior un filamento fibroso de materia protectora, grisenta y amarilla, a cuyo extremo se halla una especie de diminuto musgullo que forma ramas laterales de protoplasma, las cuales reciben la sensación y la envían a la célula de que proceden mientras la envoltura fibrosa transmite a los músculos, tejidos, etc., la corriente eléctrica formada en las células.

»Supongamos que la piel de la mano derecha sufre una quemadura: las ramificaciones nerviosas existentes en cada punto de la piel transmiten en seguida la sensación al interior al ganglio del lado de la columna vertebral; de allí pasa el impulso nervioso a otra fibra que entra, por decirlo así, en la columna vertebral, cuyas ramas nerviosas envuelve con sus ramificaciones extremas.

»De este modo la sensación de la piel se transmite al sistema central. Por otra parte, las grandes células de la materia gris del cerebro son recipientes de impresiones precedentemente recibidas, y en cuanto se sienten estimuladas se engendran al momento asociaciones de imágenes, pensamientos anteriormente formados. Así se producen en nuestro organismo miles de impulsos nerviosos, cuyos efectos eléctricos han llegado a ser medidos. Pero cuando una célula ha trabajado mucho se contrae el núcleo, aparecen vacíos en el protoplasma, y, a menos de descanso ó de sueño, la célula se agota y queda incapaz para efectuar nuevos trabajos.»

Si de ese asunto, que hemos extractado por su novedad é importancia, pasamos al que constituye el objetivo predilecto de Kropotkine, hallamos en las *Bases científicas*

de la *Anarquía* las siguientes observaciones: «Nuestras mentes se han nutrido de tal modo con la preocupación de las funciones providenciales del gobierno, que las ideas anarquistas han de suscitar forzosamente la desconfianza. Sistemas filosóficos la sostienen; la historia se ha escrito desde ese punto de vista; las teorías jurídicas la conservan; la política, sin distinción de partidos, incluso los más radicales, la propagan y eternizan; la prensa la difunde á los cuatro vientos, y sin embargo, la vida real la destruye: millones de seres humanos viven y mueren sin haber tenido con el gobierno más relación que la de la víctima con el tirano; cada día se verifican millones de transacciones perfectamente resueltas sin intervención gubernamental; el simple hábito de cumplir la palabra empeñada y el deseo de no perder la confianza, garantizan el cumplimiento de los compromisos en casos infinitos donde no llega la acción de gobernantes ni magistrados. La iniciativa privada alcanza desarrollo asombroso: la red de ferrocarriles de Europa, confederación de tantas sociedades distintas, y el transporte de pasajeros y mercancías sobre tantas líneas independientes, sin tener una junta central, ofrecen un ejemplo notable de lo que se ha hecho y puede hacerse por espontáneo acuerdo, en cuya virtud un viajero, lo mismo que un fardo de mercancías, van desde Cádiz hasta San Petersburgo con la velocidad ordinaria y sin el menor desperdicio de tiempo. Sociedades científicas, utilitarias, recreativas, benéficas, etc., desarrollan todo género de iniciativas, no sólo sin apoyo de los gobiernos, sino á pesar de los obstáculos que los gobiernos oponen. Por otra parte, los conocimientos y las invenciones, las ideas y las empresas atrevidas, las conquistas del ingenio y los perfeccionamientos de la organización social, han llegado á ser internacionales; no hay progreso intelectual, industrial ó social que pueda quedar encerrado en las fronteras. Si, por ejemplo, un simple suelto de periódico anuncia mañana que el problema de la composición mecánica tipográfica ó el de la navegación aérea han recibido solución en tal ó cual país, á los pocos días recibirá sanción práctica en todas las naciones.

Continuamente vemos que un mismo descubrimiento científico ó invento técnico se ha verificado con pocos días de distancia en países separados por miles de leguas á consecuencia de existir un fondo común de conocimientos creados por la imprenta, el vapor y la electricidad. El mundo, el anchuroso mundo entero, es hoy el verdadero territorio del conocimiento, y si cada nación despliega capacidades especiales en algún ramo especial, las múltiples capacidades de las diferentes naciones se compensan mutuamente. Por eso hay que reconocer sin vacilación ni reticencia moral, que todos los productos, el conjunto del ahorro y el de los instrumentos de producción, son debidos al trabajo solidario de todos, y no tienen más que un sólo propietario: la Humanidad.»

Con este breve é imperfecto resumen de la significación intelectual de mi biografiado termino mi trabajo, distando mucho de haber logrado mi propósito.

Poco puedo añadir.

Kropotkine posee una inteligencia activísima, un conocimiento enciclopédico, una bondad tan inmensa como su saber, un carácter tan inflexible como la lógica que enlaza la vastísima extensión de su ciencia; su presencia inspira veneración y simpatía, su sonrisa consuela, su amabilidad exalta, el valor del trabajo que lleva realizando es tal, que si de Copérnico pudo decirse que por sí sólo destruyó de un golpe el error, antes tan arraigado acerca del sistema del universo; de Galileo que confirmó para siempre el movimiento de la tierra con su famoso *E pur si muove*; de Colón que descubrió un mundo ignorado por el Espíritu Santo, inspirador del Génesis; de Kropotkine se dirá que en *La conquista del pan* trazó el programa definitivo de la Revolución Social.

ANSELMO LORENZO.





CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

La mayor parte de las causas capaces de hacer menos eficaz el funcionamiento del pulmón, llevan, en resumen, á la congestión pulmonar pasiva, por lentitud del curso de la sangre en los vasos capilares. Bajo el influjo de dicho ESTANCAMIENTO sanguíneo, el campo respiratorio se encuentra considerablemente disminuído por la masa de la sangre que llena los vasos y usurpa el lugar destinado al aire inspirado.

La congestión pulmonar pasiva no se produce más que en un período avanzado de la sofocación, y cuando se manifiesta, produce en el ritmo respiratorio modificaciones muy interesantes, que, hasta ahora, parece que se escapan al observador.

Cuando un hombre ha llevado el ejercicio hasta el último grado que su potencia respiratoria le permite, su respiración, que era al principio acelerada sólo, acaba por presentar un tipo muy característico, del cual vamos á dar la descripción exacta y á buscar la explicación fisiológica.

En estado de reposo, los dos tiempos de la respiración son rigurosamente iguales; ahora bien, cuando se observa un hombre que corre, en el momento en que ha cesado el ejercicio, falto de respiración, se nota que su ritmo respiratorio ha cambiado completamente. En él la respiración es mucho más larga que la expiración. Si se esfuerza en detener la respiración, puede prolongar bastante el tiempo en que el aire entra en el pecho; pero le es imposible prolongar el tiempo en que sale. Una inspiración involuntaria atrae de nuevo el aire al pecho, antes de que el que allí se contiene, haya tenido tiempo de salir en totalidad. El hombre que se observa así propio durante un ejercicio sofocante, tiene la sensación de que no podrá en adelante vaciar completamente su pulmón. Cuando ha expulsado una pequeña cantidad de aire, experimenta un deseo invencible de hacer una nueva inspiración. Si quiere luchar contra este deseo, experimenta la misma dificultad que para contener el hipo: es un movimiento irresistible, al cual es imposible no ceder.

He aquí el experimento bien sencillo que nos ha permitido determinar el carácter tan particular que presenta la respiración del hombre sofocado.

Marchando con un paso regular por una carretera y cuidando de dar carreras de igual duración, comenzamos una inspiración y contamos el número de pasos que dura hasta que la necesidad de la inspiración se hace muy imperiosa. Dejando salir entonces aire del pecho y teniendo cuidado que la salida sea lo más lenta posible, contamos nuestros pasos, hasta que una necesidad irresistible nos obliga á hacer otra nueva inspiración. Siendo los pasos sensiblemente iguales, su duración puede servir de unidad de tiempo. Ahora bien; pueden hacerse TRECE pasos durante el período de la inspiración, y CINCO solamente durante la expiración.

Tal es, según nuestras observaciones, el carácter de la respiración durante la carrera. La inspiración es fácil, profunda y sin obstáculos; la expiración, por el contrario, breve, insuficiente, cortada por un movimiento de inspiración involuntaria y deja la sensación de una necesidad no satisfecha.

Esta modificación del ritmo respiratorio, ¿es propiamente debida al mecanismo de la carrera y á la actitud que toma el cuerpo en ese ejercicio? No; porque concluida la carrera durante los minutos que siguen, se continúa haciendo expiraciones mucho más cortas que las inspiraciones que las preceden. Además, hemos podido asegurarnos, variando el experimento, de que todo ejercicio que sofoca, cualquiera que sea su forma, produce esa falta de equilibrio entre los dos tiempos de la respiración. Cuando se tira á las armas, cuando se rema con gran velocidad, cuando se levantan pesas, llega uno á sofocarse lo mismo que corriendo, y se observa la misma desigualdad en la respiración.

Es bastante curioso comprobar que la respiración de los asmáticos presenta un tipo diametralmente opuesto á este que acabamos de describir. El enfermo oprimido por un ataque de asma hace inspiraciones muy cortas, y por el contrario, prolonga su expiración durante un tiempo doble.

Creemos que nadie ha señalado aún la modificación de que hablamos, y que puede considerarse como el tipo de la disnea debida al trabajo muscular.

He aquí, á nuestro parecer, la explicación que conviene dar de ella.

El primer hecho producido por el trabajo violento es la aceleración del curso de la sangre, y, por consiguiente, la congestión activa del pulmón, según queda explicada en otros artículos.

Durante los ejercicios de velocidad, el pulmón es rápidamente invadido por el líquido sanguíneo y experimenta una necesidad irresistible de desembarazarse de él activando su curso. El movimiento de inspiración hace el vacío en el pecho, y, por consiguiente, añade á la velocidad de la sangre una fuerza de aspiración que tiende á vaciar los capilares demasiado llenos. Esta aspiración se mantiene todo el tiempo que dura el movimiento de elevación de las paredes, movimiento que es también un alivio para el hombre sofocado; mientras que, cuando los lados se comprimen para lanzar el aire del pecho y ejecutar el movimiento de expiración, el curso de la sangre se hace más lento y el pulmón se llena. De ahí el malestar y el impulso irresistible á un pronto movimiento de inspiración.

Puede decirse que el pulmón del hombre sofocado está puesto entre dos exigencias diferentes. Por un lado, necesita expulsar el ácido carbónico y demás productos de desasimilación, y para ello le hace falta una larga expiración; pero, de otro, tiene urgencia de desembarazarse de la sangre que lo llena, y corta su expiración para volver precipitadamente á la inspiración que favorece el despejo de sus capilares.

Para observar el tipo de la respiración sofocada, hace falta llevar muy lejos el ejercicio, pues la modificación tan característica que apuntamos más arriba, está muy cerca ya del momento en que el trabajo se hace imposible.

Cuando llega la producción de ácido carbónico, no se equilibra con el poder eliminador del pulmón y la angustia respiratoria tiende á hacerle gravemente peligroso.

DOCTOR FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)





SECCIÓN LIBRE

LA CAPILLA

(CUENTO)

No sé qué atractivos, qué misterioso encanto tienen las iglesias y las capillas para los niños de la calle. Ello es que, luego de cometer todo género de diabluras, tales como apedrear perros impúdicos, perseguir con saña bautizos y procesiones, tomar parte activa en todos los escándalos de la corriente, torear tal cual vigilante, amargar la vida de los niños bien portados, que llaman *señoritos*, y subirse en la zaga de todos los coches posibles, se zampan en el atrio de una iglesia ó en las gradas de una capilla, y allí sus conversaciones, materialmente cuajadas de dicarachos pintorescos, se hacen más comedidas, más solemnes, ¡yo os puedo jurar que hasta filosofan!

La capilla del *Cristo del Perdón* tenía su parroquia de granujas.

Todas las tardes, á la misma hora, sentábanse en sus gradas hasta quince muchachos, con catorce años el que más; descansaban allí de sus correrías por las calles y discutían hasta muy entrada la noche sus proyectos y granujadas con un aire de grave seriedad, digna, sin duda, de mejor empleo.

Poco á poco la caterva de pilluelos pardales, puesto que sus ropas eran todas pardas de puro viejas y mal traídas, llegó á considerar á la capilla, á la plazoleta y al Cristo como cosa propia y parte integral de sus vidas errabundas.

La capilla merecía, en verdad, aquel afecto generoso. Era pequeña, como ellos, y era pobre; escapábase de ella un suave olor á incienso, raso y flores que apasionaba á los muchachos; la envolvía una misteriosa penumbra, y adentro, sobre rojizo terciopelo, se destacaba la doliente cabeza del Cristo, la frente contraída, los ojos brillantes, la boca abierta, los pómulos surcados de sangre, abrojada la melena, entre las manos atarazadas con cordeles una caña de oro viejo, y sobre los hombros fríos, desnudos, acardenalados, una púrpura sangrienta... ¿Qué atraía á los muchachos? No lo sé; acaso una curiosidad estupenda, quizás un instinto hidalgo ante aquella debilidad retorcida por tortura horrible; tal vez una ansiedad oscura de otra especie. Los pobres, los desheredados de la fortuna, los expósitos de la sociedad, sienten la necesidad imperiosa de poseer, de llamar á algo cosa suya. ¿No habéis oído á muchos de estos niños decir orgullosamente *mi madre*? Pero esta propiedad no es muy frecuente en el gremio; no tienen edad todavía para esclavizar una hembra y se esclavizan ellos del primer ideal que encuentran á mano, tanto más venerado mientras más oscuro.

De la tremenda historia del mártir redentor no sabían más que las atrocidades que hicieron los judíos, por haber dado lugar á que se escribiera un libro de doctrina, que ellos habían olvidado á todo correr. ¿Qué era, entonces, lo que les arrastraba allí? Repito que no lo sé. Ello es lo cierto que, luego de corretear fatigosamente las

calles, con las espaldas doloridas por la brutalidad de sus padres borrachos ó por el valor cívico de los del orden, probado sobre sus débiles espaldas, las graditas del *Cristo del Perdón* eran su asilo, su consuelo único; allí enseñaban sus cardenales, secaban su llanto y se sentían menos solos, más buenos, menos granujas. Y en las noches de lluvia, después de chapotear con los pies desnudos charcos y corrientes fangosas, se acogían debajo del techadillo á la mortecina luz de la lámpara, apretándose las ropas chorreantes sobre sus pechos arrecíos, oyendo el incesante sisear del aguacero, hablaban quedito, llenos de filosofía infantil y contentos de tener aquel asilo sagrado y cariñoso.

Una tarde llegó uno de ellos *achocado*, con una mala venda, manchada de sangre seca, reliada á las sienes, y muy pálido.

El *Rubillo*, que era el capitán de aquella falanje desarreglada, le preguntó con arrogancia fraternal:

—¿Quién te ha *jerío*?...

—La gente el barrio Pozo-fango. Ecían quel *Cristo el Perdón* no valía dos reales; saqué la cara y me *jirieron* en la *nunca*; ¡pero traicioneramente!...

El pobre niño se estremecía aún; le vibraba en las sienes la sangre, agolpada por la violenta conmoción del peñascazo, y en su rostro morenillo y poco aseado se veían las huellas de un llanto mal enjuto.

Un estremecimiento de cólera agitó á la plebe.

—¡Guerra al barrio Pozo-fango; el *Rubillo* lo mandaba, no había más que hablar!

—¡No hay que *dir*—dijo el herido;—vienen ellos esta tarde á *peir* guerra!...

—¡Que vengan!—rugió el *Rubillo*, desamarrándose la honda de la cintura.—¿Quién tiene *jonda*?...

Se contaron las armas. Había dos vaqueras, tres de latiguillo, y hasta cinco *pipirigallos*.

—¡To dios por la suya!—volvió á ordenar aquel bravo autor de disciplinarios soplamocos. Y aluego, to dios aquí; al que me falte, le esganso una pata...

¡Faltar! ¡Cualquier día! Se dispersaron todos, llenos de heroísmo, canturreando con un tonillo especial:

—¡Guerra, guerrilla,
guerra, guerrón!
El barrio Pozo-fango
pte perdón;
el barrio la Capilla
ice que no...

Y á la media hora estaban allí todos, pálidos algunos, amontonando piedras, disponiéndose á la lucha con valor espartano.

El *Rubillo* los contó; eran pocos.

—¡No importa! ¡Concho, reteconcho!... (dijo otra cosa) al que hable de *juta* le cruzo la cara...

Caía la tarde; á lo largo de la enorme avenida terrosa, flotaba el polvillo luminoso del crepúsculo, tiñendo las copas de los lejanos árboles con un ardiente llamarazo de oro antiguo.

El *Rubillo*, separado de los demás, con la honda agarrada por el *deil*, con un montón de piedras peladas á sus pies, miraba la brumosa lejanía, con el pechillo arrogante y adelantado de un guerrillero.

De repente, en un ángulo de la avenida, desembocó el grupo contrario á paso de

carga; el viento trajo el tableteo de cien hondas, y las primeras piedras pasaron silbando sobre la cabeza del *Rubillo*, ó rebotaron furiosas en las gradas de la capilla.

Una palidez momentánea cubrió su rostro; ¡aquello estaba allí! Instintivamente dirigió una mirada de leoncillo á su tropa, acorralada ante el excesivo número de los contrarios. Estos se acercaban violentos, audaces, agresivos; se oían ya sus groseros insultos, vociferados al compás de tremendas pedradas; ¡los vió, los contó! ¡Allí estaba el *Lezno*, el mala sangre de *Burraco*, el malas entrañas de *Chorrojumito*!... ¡*Mialos*! ¡*Cochinos*!... ¡*Mialos*, cuántos! Una piedra pasó silbando por delante de sus ojos, y restalló con estrépito en la capilla del Cristo...

¡Aquel fué el instante siniestro! Mordió un insulto horrible, se atascó la gorrilla de un jalonazo, crispó los bracillos, puso una piedra enorme en la cuna de su honda, y agitándola vertiginosamente sobre su cabeza la lanzó, gritando:

—¡Guerra!...

—¡Guerra!—gritó la plebe, cargando, abriéndose, escogiendo instintivamente habísimas posiciones.

El *Rubillo* estaba delante de todos; daba miedo de verle, firme, audaz, acerado, dejándose venir la avalancha espantable, con la calma feroz de un Empecinado. No descansaba, no perdía terreno; sus defensas eran habílsimas, su instinto de guerrillero admirable, sus piedras rasaban por bajo con vibrantes silbidos de cólera; con un brazo delante de la frente, encogido el cuerpo, la mirada fosca y penetrante, adelantaba con zig-zas rapidísimos, cuarteaba piedras con exactitud pasmosa, y cada descarga suya, acompañada de un ¡*jaug!*... rabioso, estallaba como un trueno en las puertas y en los muros, arrancando chispas violentas á las aceras rotas.

La tropa se desanimó un momento; un niño gritó:

—¡Ay... mi madre... qué *jerta*!...

Soltó la honda y se dejó caer á la puerta de la Capilla, apretándose con las manos el cuello sangriento:

—¡*Cochinos*!...—rugió el capitán, ronco de ira: ¡Ahí va esa *piera*; *pol* Cristo y *pol* *Pilili*!... ¡*jaug!*...

Y descendió, se precipitó escalinata abajo, seguido por el tropel de sus fierecillas, disparando siempre.

Había cerrado la noche y sólo se oía el pataleo de la lucha, el crujido de las hondas y el sordo rebotar de las piedras en las paredes y en los portones cerrados. Dos ó tres veces se vió el cuerpo nervioso del *Rubillo*, danzando en medio de aquel horror de piedras, con sus zig-zas rapidísimos y sus ¡*jaug!* furiosos.

La gran brutalidad que perdió á Bonaparte en Waterloo, le amenazó á él también; ¡mala noche para aquel Napoleón de granujas!

Otro barrio, el de los Papocheros, acudió, y sin motivo de ofensa, se puso de parte de Pozo-fango; una turba de refresco invadió la calle, atronándola con sus gritos, y una furiosa lluvia de piedras cayó sobre la rendida hueste de la Capilla.

Entonces hubo un ¡*sálvese el que pueda*!, que los granujas condensan en este grito siniestro: ¡*júta*! Y todos volvieron á subir las gradas, arrastrando las hondas, con terror de desbandada, con desaliento de derrota.

El *Rubillo*, atropellado por su gente, llegó hasta la cancela, y agarrándose á los barrotes, gritó:

—¡Cristo..., que te dan á tí; *já* un milagro!...

Una piedra le magulló una mano, y ahogando un grito de dolor, volvió á decir, con los ojos arrasados:

—¡Já, un milagrito!

Y lo hizo; es decir, así lo creyeron los *pardales*. El barrio de la Catedral, próximo de allí, desembocó en la explanada, atraído por el ajetreo de la lucha; y gritó, después de una descarga formidable:

—¡Viva el barrio la Capilla!

¡Oh, qué espanto en las filas contrarias! El *Rubillo* volvió á convertirse en león, en león vengativo. ¡Tenía que cobrar las pedradas en la cancela de su Cristo, la magulladura de su mano y la *achocadura* de *Pilili*, que se quejaba aún. Se empinó sobre las puntas de sus alpargatillas y arengó á su tropa:

—¡Sinvergüenzas: al que no me siga le masco los *gofes*!...

Y descendió otra vez con ímpetu de águila.

Aquello acabó: los aliados se dispersaron y los del Cristo volvieron á sus lares, trompeteando la marcha real con los puños.

—¡De *roillas to dios*!—ordenó el héroe. ¡Afuera gorras! ¡Ave María, *sine labe conseta*, amén Jesú!...

—¡Amén Jesú!—repitió la plebe, empujándose, riendo, jadeando aún. ¡El caso era que se les habían olvidado los rezos! Uno recordó chispillas de la Letanía:

—¡*Etella matutinia, torris ebúrnica*!...

Otro quiso recitar la empachosa lista de reyes godos; recordó otro casi media tabla de multiplicar, y otro, en fin, tuvo vehementes deseos de decir:

—¡Ave María; el puchero y la *comtal*!...

Pero no lo dijo por temor á un hondazo formidable del *Rubillo*. Este sí que tuvo la gran idea: ¡colgar todas las hondas, como reliquias, en la capilla del Cristo!...

El cura, un hombre gordo y malhumorado, no lo consintió, y ellos lo sintieron mucho.

Y ¡qué sé yo; acaso el Cristo lo sintiera también! Porque aunque aquellas trenzas de cáñamo, salvaje resto de edades bárbaras, pudieran parecer allí un insulto á su sublime doctrina redentora, al fin y al cabo los niños daban lo que tenían, lo que una sociedad estúpida y egoísta puso en sus manos.

¡Y quién sabe si los ojos vidriosos del mártir no lloran ya las angustias de su crucifixión y de su afrenta! ¡Quién sabe si ese llanto silencioso y eterno se derrama ya por los ilotas, por los desheredados, por los pobres niños de la calle, que ofrecían hondas salvajes como sagradas reliquias para el *Cristo del Perdón*!

ADOLFO LUNA.

UNA ESCUELA LIBERTARIA EN PARIS

La transcendencia universal del acto celebrado en París en la espaciosa sala Arras inaugurando una Escuela libertaria ha merecido y merecerá la atención de cuantas personas siguen afanosas el curso de aquellos acontecimientos que reflejan el progreso de las nuevas generaciones.

Y, en efecto, el mayor servicio que puede rendirse á la humanidad, es, á mi entender, rasgar el velo que obstinadamente oculta ese falso respeto aprendido en la infancia que nos conduce cuando hombres á adorar ídolos y á coronar Césares causa eter-

na y absoluta de la brutal imposición y torpe servilismo que corroe á nuestros coetáneos.

Los enemigos irreductibles del absolutismo y del capitalismo, luchan tenazmente para abrir ancho camino á las verdades absolutas, y por grandes que sean los obstáculos, logran proclamar en innovaciones importantes la enseñanza integral, racional, mixta y libertaria.

Integral, para favorecer el desarrollo armónico del sér completo, proporcionándole desde su más tierna edad un conjunto relativo, sintético, paralelamente progresivo en todo orden de conocimientos intelectuales, físicos, manuales y profesionales.

Racional, para que la razón obre conforme los principios de la ciencia, y no por influencias malsanas de la fe, por el desarrollo de la dignidad y de la independencia personal, y no por sus antagónicos la piedad y la obediencia.

Mixta, para favorecer la coeducación de los sexos por medio de una frecuentación constante, fraternal, familiar entre niños y niñas favoreciendo así sus costumbres de una serenidad particular. Lejos de constituir un peligro semejante educación, alejará del niño las curiosidades malsanas, resultando por las elevadas condiciones con que será observada, una garantía de preservación y de alta moralidad.

Libertaria, para consagrar en el fondo la inmolation progresiva de la autoridad en provecho de la libertad, ya que el fin primordial de la educación consiste en hacer hombres libres, llenos de respeto y amor para sus semejantes.

Tal es, á largos rasgos, la obra educativa é instructiva empezada. No es posible negar á empresa de tan alta justicia y de moralidad social, el apoyo entusiasta, moral y materialmente.

Hombres de vasta erudición filosófica, como Domela Nieuwenhuis, han acudido al llamamiento ofreciéndose espontáneamente para el éxito de idea tan generosa, y yo quiero aprovechar esta circunstancia para dar á conocer á los lectores de LA REVISTA BLANCA, á mi querido compañero holandés Domela, revelando algunas de sus cualidades personales, y resumiendo finalmente el interesante discurso que en el citado acto pronunció.

F. Domela Nieuwenhuis es una de las glorias del socialismo holandés. Pensador profundo, luchador infatigable. Es el hombre que tras larga y pausada evolución, ha llegado á las concepciones anarquistas.

Empezó de muy joven la lucha social, dentro el misticismo religioso, profesando de pastor protestante. Su inteligencia y su corazón sentíanse oprimidos, impulsándole á buscar aire y salud en las cuestiones sociológicas-económicas, llegando al término de su educación personal completamente desprendido del fetichismo de la autoridad.

En todas épocas ha sido un espíritu de tolerancia y de libertad, y en diversos congresos protestó contra la exclusión sistemática de los anarquistas, á pesar de que él no era ácrata entonces. Basta recordar sus últimas palabras en el Congreso de Londres: «Declaro en nombre de la Federación socialista y de las trece cámaras sindicales obreras de Holanda, que no nos es posible permanecer por más tiempo en el congreso. Nos retiramos por no querer participar de una comedia representada por la democracia social á beneficio de algunos ambiciosos.»

El hombre que ha gastado toda su fortuna para la propaganda, y que ha escrito contra las doctrinas de Karl Marx *El Socialismo en peligro*, ha sido admirado esta vez en París al hablar sobre la enseñanza, por su activa generosidad y por su horror á los yugos doctrinales.

«Nada tan importante como la educación—dijo Domela—y, sin embargo, nada tan generalmente ignorado. Iniciados en nociones domésticas, los esposos se entregan á las dulzuras del himeneo; pero ignorantes, desprovistos de toda idea de educación.

»La educación en el sentido etimológico de la palabra, consiste en extraer del individuo lo que trae encerrado para desarrollar con toda su riqueza las facultades. Ella debe proceder, pues, del interior al exterior, y no al contrario como ordinariamente se hace. Por eso vemos á menudo que el único afán del profesor es hacer á los niños á su semejanza, en lugar de aplicar el método educativo según el carácter y las disposiciones del educando.

»El verdadero fin de la educación es, aprender á vivir. Ciertamente el asunto no

es banal, ya que vivir es comprender, amar, obrar, beber en los mares de la existencia. Permanecer encorvado en la penosa tarea diaria para ganar lo que reclama el estómago, esto, no es vivir.

»Nuestros días corren penosamente bajo la reprensión de diversas tiranías; de la familia pasamos á la escuela, luego al taller, más tarde al cuartel; en todo esto no hacemos más que cambiar de yugo.

»Desde antes de nacer, vive el niño oprimido. Más tarde, si empieza á exponer algún pensamiento, sea á sus padres, sea al maestro, se le ordena callar.

»La pedagogía le dice: Yo sé lo que te hace falta, todo te lo tengo preparado de antemano; buscas lo bello, ahí está el arte clásico; quieres lo verdadero, ahí tienes las ideas admitidas; quieres el bien, ahí están los códigos. Se le sirve la ciencia como un alimento indigesto.

»El trabajo atractivo, tal como lo había concebido Fourier, tal como lo llevaron á la práctica en sus ensayos Robin, Demolliens, Tolstoï, es el único verdaderamente digno del hombre y más todavía del niño que debe llegarlo á ser.

»El maestro de escuela que por rutina es un funcionario, persigue un fin diametralmente opuesto: cuida únicamente de hacer esclavos, enseñándoles ciegamente y muy temprano á obedecer.

»Esto es horroroso. Importa destruir estos errores, desvanecer semejantes extravíos; la causa misma de la emancipación social lo reclama. Para que desaparezcan de la tierra los tiranos es necesario que no haya esclavos, que hayan desaparecido los ignorantes.»

Huelga toda palabra ante tanta elocuencia. Únicamente me ha de ser permitido saludar fraternalmente al compañero Domela y desear que la Escuela libertaria de París afirme sus propósitos para que su ejemplo cunda por todos los ámbitos del mundo.

LEOPOLDO BONAFULLA.

COSAS VEREDAS DEL CID...

Como *Clarín* me ha dicho últimamente que es cursi y de mal gusto el escribir artículos revolucionarios, porque huelen á demagogia trasnochada, hoy me ocupo, por vía de ensayo de otras cosas de mayor empuje, en escribir sobre *Clarín*, digo mal, en escribir respecto una *Revista mínima* suya que acabo de leer.

Dice él en el citado artículo:

«El organismo político, que tantas bobadas abstractas hace decir á los tratadistas de ciento en boca, es difícil de entender como todos, y nada más fácil que crear ídolos, falsas hipóstasis y abstracciones incoherentes en todo esto que se refiere á las relaciones interiores del Estado.» Muy bien; sólo me confunde las falsas hipóstasis, y como quiero salir de dudas, busco un Diccionario y encuentro: HIPÓSTASIS: (1) *Medicina*. Depósito ó sedimento de la orina. *Teología*. Se usa comúnmente hablando de las tres personas de la Santísima Trinidad». ¡Caramba!, nada de esto me sirve. Busco otro y dice: «Usan esta palabra los teólogos con referencia á las personas de la Santísima Trinidad. Sedimento de la orina.» No sé que querrá decir el maestro con sus falsas hipóstasis. Si me quedo con la definición que trata de las personas de la Santísima Trinidad, no creo que dicho señor enrede á aquellas pobres gentes con los tratadistas de ciento en boca que tantas bobadas abstractas dicen hablando del organismo político. Sería ser

(1) Advierto que hipóstasis sin acento como escribe *Clarín*, no está en los Diccionarios que cito.

muy poco fino, y *Clarín* lo es mucho. Pero si me voy á la segunda, *sedimento de la orina*, me encuentro en un aprieto, pues, supongo que los *ídolos* estos, no tendrán necesidad de ningún cirujano. ¡Qué necios somos los que no tenemos al dedillo el idioma castellano!

Por algo dice *Clarín* al final de su *Revista mínima*: «Confieso que casi me irrita ver metidos á resolver, en casos tan delicados, á hombres de notoria incompetencia, que si leyeran este artículo no lo entenderían siquiera.» Con los pedazos de alcornoque que andan por ahí como si hubieran caído del cielo, se comprende que el Sr. *Clarín* se irrite. A lo menos yo entiendo todo lo que en él dice, excepto eso de *falsos hipos-tasis*, y aun por culpa de esos pícaros Dicionarios que no dan una definición conveniente al artículo del *maestro*.

Por una así como especie de *logomaquia* el otro día en un artículo, quería yo poner puertas al campo, cosa que hizo reír á *Clarín*; pero lo que es hoy, está irritado, y con razón, contra tanto *cacho de imbecil* (como diría un francés que conozco) que andan por ahí queriendo entender de estadistas cuando lo más saben dar *sablazos*.

Al fin tendrá que convencerse el Sr. Alas que Lubbock no anduvo acertado al decir «que la vida es un gran bien», ni Voltaire al propagar por doquier que este mundo es el mejor de los mundos posibles, pues, cada día tiene uno motivos para maldecirle y, ó mucho me engaño, ó *Clarín* y todo va á convertirse en un demagogo del año 48, como cualquiera de los que esperan que amanezca con una *nueva aurora*, precursora del gran día.

Y hará bien, porque todo lo que no sea echar de arriba abajo este pícaro mundo, me parece de lo más cursi y de lo más romántico.

Entonces, veríamos escribir al Sr. *Clarín* sin irritarse y sereno como una tarde sin nubes, como un lago sin rizos, como un horizonte despejado y azul donde se retratan las siluetas de los soles. (Sospecho que ni un poeta habría construido mejor el último párrafo.) Como *Clarín* cumpliría con un deber, ese cumplimiento lo revestiría de una aureola majestuosa, santa, hasta el punto de no irritarse por lo que pudieran decir los necios que tanto abundan.

Y basta de palique, que podría convertirse en una *lata* para mis queridos lectores.

SOLEDAD GUSTAVO.



TRIBUNA DEL OBRERO

EL ÚNICO REMEDIO

Trabajadores: el hambre y la miseria, todos los males de esta maldita sociedad, nos acosan. Hemos llegado á un periodo de civilización y á un siglo de barbarie. No es posible soportar por más tiempo las cadenas que nos oprimen. Reunamos de una vez todas nuestras energías y así lograremos destruir la mentira y el engaño que aprisionan á los pueblos.

La vida humana tiene dos fases, la felicidad ó la muerte. Al faltar la primera, es preferible la segunda. ¿Qué importa perder aquello que no se puede soportar? ¿Qué importa perder una vida miserable, andrajosa, que enseña sus horrores en talleres, calles y plazuelas con asco y desprecio de aquellos que todo lo poseen?

¡Basta de jerarquías ignominiosas! ¡Abajo toda clase de parti!o! ¡Abajo toda clase de gobierno! Los hombres que los han constituido y constituyen son los verdaderos forjadores de todas las cadenas que nos oprimen.

¿Por qué rendir culto á las jerarquías? ¿Por qué mantener á los vagos que nada de útil producen, siendo así que nosotros, trabajadores, el único elemento sano de la sociedad, todo lo producimos y de nada nos aprovechamos? ¿Quiénes son ellos? ¿De qué rincón del mundo han salido, y en nombre de qué derecho han de seguir imponiéndose?

Trabajadores: toda la riqueza de que no disfrutamos es el producto de sufrimientos sin fin de los parias pasados y presentes. A nosotros incumbe la tarea de devolver á sus productores lo que hoy es patrimonio de unos cuantos vagos que no tienen á su favor otros argumentos que la fuerza, que es la base en que asientan las iniquidades de que somos víctimas por nuestra ignorancia y nuestra cobardía.

Además de todas las injusticias que pesan sobre nosotros, no olvidemos á los Portas ni á ninguno de los inquisidores que al servicio de la maldita reacción han martirizado nuestros hermanos en Montjuich.

La razón está de nuestro lado, razón que puede, cuando nos dispongamos á ello, aniquilar sus cañones y sus guerreros. Dirijamos, pues, todos nuestros esfuerzos hacia la implantación del ideal libertario, único remedio que nos librará de esta sociedad maldita.

J. S. C.

Málaga.

LA REACCIÓN

Reacción nefasta, de nada te servirá recopilar tus elementos destructores, ni que emplees tus pocas fuerzas. Caerás vencida, aniquilada, hecha polvo en tu muerte.

Estudiando la evolución de nuestra especie hacia un porvenir más ó menos radical, siempre hemos observado que ese monstruo llamado reacción, ese sistema de instituciones que ha regido á las sociedades humanas, ha coartado de una manera brutal y miserable toda noble aspiración germinada en el cerebro del pueblo para mejorar su mísero estado social.

El reinado de la reacción es una historia trágica de horribles crímenes: el fusilamiento de inocentes; el escarnio de todo sentimiento; la miseria por todas partes; ha sido, en fin, un reinado cuya historia contrista y multiplica la indignación de los buenos. Y todos esos crímenes los ha practicado contra aquellos que no habían cometido más delito que el de aspirar á un mundo mejor, anatematizando el pasado y el presente, en el que los grandes criminales quedan libres y jactanciosos, escudados en la autoridad que los ampara.

Son, pues, inútiles tus esfuerzos para mantener tus privilegios, para recuperar tus ya casi aniquiladas fuerzas. La legión de esclavos modernos te combatirá hasta destruir tu infame reinado.

J. A.